

Sueños de dinosaurio

**Cristina Saínz Rico.
Arenas de San Pedro, Ávila. 12 años**

¿Qué pasa si despiertas y el dinosaurio sigue todavía allí? En el otro mundo, vive tu paralelo. No lo sabes, pero Cristina dice que así es. Los habitantes de ese mundo extraño han dejado de creer en los dinosaurios. Y eso no puede ser. Han de volver a creer en ellos, para recuperar su mundo como otrora, pleno de magia y fantasía.

Sueños de dinosaurio

Cristina Saíenz Rico

Todos nosotros conocemos el mundo como es ahora: con ese tráfico constante, rascacielos, comida precocinada, móviles y televisión por cable. Pero también conocemos algo, gracias a los científicos, sobre el pasado de nuestro planeta, donde no había colegios ni ropa. Ni siquiera había vida. Donde transcurre mi historia no hay rascacielos, pero sí hay vida. Animales que existieron antes que nosotros, y que se extinguieron sin saber por qué.

Hace millones de años existieron los dinosaurios, unos animales que, generalmente, tienen mala fama por eso de que se comían a la gente, una tontería en mi opinión. ¿Cómo pueden saber que se la comían, si antes no había nadie excepto los mismísimos dinosaurios? Además también los había herbívoros.

Yo me quiero centrar en un solo dinosaurio, un dinosaurio que era especial. Vivía en un claro de la selva donde había normalmente mucha luz, con unos matorrales realmente buenos y por donde pasaba el río con ese azul claro y puro. Allí había una gran roca desde la que se podía ver perfectamente el dorado anaranjado del cielo al anochecer y, una vez de noche, contar los millones de puntos luminosos del cielo y observar aquel redondel de plata que brillaba en el cielo.

Ya estaba amaneciendo cuando un gran sonido rompió el delicado silencio del ambiente:

—¡Amazone!

Algo se movió entre la espesa hierba y de entre la nada apareció una cara adormilada. Unos minutos más tarde un dinosaurio pequeño pero con un gran cuello se puso de pie sobre sus verdes y arrugadas cuatro patas.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó todavía sobresaltado.

—Corre, Amazone, corre —gritó su madre desesperada—. El volcán ha vuelto a escupir fuego, corre, se dirige hacia aquí.

Amazone miró a su alrededor y efectivamente un río de fuego se dirigía hacia ellos. Él conocía muy bien ese fuego, no era como los demás. Todo lo que tocaba lo convertía en piedra.

Corrió como nunca había corrido, sin parar para mirar atrás; ni siquiera tuvo tiempo de pensar ni meditar la situación, sólo corría y corría. Era como si no fuese dueño de su cuerpo. Sabía que había que huir, y él corría sin orden ni concierto...

Era viernes por la noche y a la salida del cine un chico esperaba a alguien. Mirando el bullicio, que daba a entender que el fin de semana acababa de empezar, descubrió un larga cabellera rubia que le resultaba bastante familiar. Levantó una mano para atraer su atención y empezó a pensar lo aburrida que había sido la película, que, con un título como *Sueños de dinosaurio*, atraería a cualquier niño de ocho años con una imaginación como la suya.

Una mano tocó su hombro dándole un susto de muerte, se giró y se encontró con el jersey azul de su madre. Un poco más arriba, ella le sonreía y le miraba desde detrás de aquellas espantosas gafas que Dann siempre había odiado porque, una vez, cuando era pequeño, se las había puesto y se había mareado un montón y, por si fuera poco, se miró a un espejo y su reflejo le recordó a un payaso. Desde entonces odiaba esas gafas, y también a los payasos:

—¿Qué tal la película? —preguntó dulcemente su madre.

—Un rollo, esa peli podría ser divertida para alguien de cuatro años —se quejó Dann—, pero para mí no, desde luego.

—No creo que haya sido tan horrible, Dann.

—Te lo aseguro, mami. Anda, vamos.

Una vez en casa, Dann subió al piso de arriba y se metió en su habitación. Se puso rápidamente el pijama y bajó corriendo. Aún quedaba media hora hasta la cena.

—Mami, ¿puedo ver la tele un rato? Sólo hasta la cena, por fa...

—Bueno... pero deja todo preparado para mañana, recuerda que te vas con tu padre. ¿De acuerdo?

—¡Vale!

Los padres de Dann estaban divorciados, cosa que a él no le hacía mucha gracia. Cada dos fines de semana, su padre le llevaba a algún sitio. Éste, tocaba ir de pesca. A Dann le encantaba ir de pesca, aunque no lo solía hacer muy a menudo.

Encendió la televisión, estaba agotado. La película del cine había sido horrible y, para colmo, en la tele sólo ponían documentales sobre dinosaurios o sobre plantas y osos. A Dann le encantaban los dinosaurios, por eso había ido a ver esa película, pero ya no tanto como antes, además, su padre le decía que tenía que crecer, que no podía vivir siempre en un mundo de fantasía y que en la realidad no todo era siempre maravilloso. Cuando le decía esto, Dann se ponía triste porque la fantasía era todo su mundo, creía que en la realidad no había nada para él

El sueño se apoderó de él y, poco a poco, dejó de oír el interesante documental del velociraptor y se sumergió en sus sueños...

Despertó cuando la luz del sol le dio en la cara. Se levantó y miró a su alrededor, aquello no era su casa pero le resultaba muy familiar, extrañamente familiar. Se encontraba en la selva, rodeado de altísimos árboles que sólo filtraban la luz del sol por los pequeños huecos que quedaban entre sus copas. Dann llamó a su madre a gritos, algo en su interior le decía que no debía gritar,

pero estaba muy asustado.

Algo gigante pasó volando por encima de su cabeza, con unas enormes alas emitiendo un sonido que solo había oído en... no recordaba dónde. Aquella cosa volvió a pasar. Dann, asustado, se agachó con las manos encima de la cabeza. Miró hacia arriba y entonces lo vio: era escamoso y marrón, enorme y con un pico monumental. Aquello sólo podía ser una cosa, pensó muy a su pesar y cruzando los dedos para equivocarse.

—¿Lo has visto? Ven, rápido, deberíamos escondernos —dijo una voz.

Dann se dio la vuelta y se encontró con un muchacho alto, delgado y muy mal vestido. De pelo rubio y ojos verdes, muy moreno y con orejas grandes. Su ropa estaba deshilachada y sucia.

—Me lo dices a mí —contestó Dann—, sorprendido.

—Pues claro que te lo digo a ti. Los has despertado con tus gritos y ahora vendrán a buscarte. Debo ayudarte y espero que esto se acabe rápido y pueda volver a casa porque... tú eres Dann ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo días esperándote. Ven, sé dónde podemos escondernos.

—Pero...

—Luego te lo explicaré todo. Vamos, rápido.

Dann le siguió hasta un claro en el que recordaba haber estado antes, pero eso era imposible. Se metieron en una cueva que estaba oculta entre unos matorrales pero, Dann ya conocía esa cueva.

—Entonces, ya has visto alguno; por lo que he visto, los has reconocido ¿verdad? —preguntó el chico mientras se adentraban en la oscura cueva.

—¿Es verdad? Así que, en realidad son...

—Sí. Dinosaurios, y bastante peligrosos. Los he estado observando...

—¿Observando? Pero...

—Ya te lo he dicho, llevo días aquí, esperándote. Has tardado demasiado.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy?

—Está bien, deja que te lo explique. Me llamo Nnad y tengo ocho años. Soy del otro mundo, soy tu paralelo.

—¿Otro mundo? ¿Paralelo?

—Chssss. Escucha... Hay dos mundos, tú vives en uno y yo en el otro. Cada persona de tu mundo tiene un paralelo en el otro. Un paralelo es una persona que te completa y tú a ella. Nací el mismo día, a la misma hora que tú, por eso soy tu paralelo. Mi nombre es el tuyo, sólo que al revés. Como tú eres moreno, yo soy rubio, y a ti se te da bien el fútbol y mal las matemáticas, en cambio a mí se me da fatal el fútbol, pero las mates, genial. ¿Lo entiendes? Yo te completo porque lo que tú no eres, lo soy yo, y tú me completas porque lo que yo no soy, lo eres tú.

—Claro que lo entiendo, ¿me tomas por tonto? —dijo Dann, repasando lo que le acababa de decir Nnad.

—Genial. Pero ¿sabes por qué estamos aquí?

—No —dijo tímidamente y sintiéndose un poco tonto—. ¿Por qué?

—Verás, a mí me pasan las mismas cosas que a ti, por raro que parezca, y tengo los mismos pensamientos que tú. Y, últimamente, a pesar de que nos encanta la fantasía, la imaginación, y ante todo, la magia, hemos dejado de creer y nos han dejado de gustar los dinosaurios. A este lugar es a donde traen a los paralelos para que se conozcan y vuelvan a creer. Este es un mundo de fantasía, cada par de paralelos tiene el suyo. El nuestro es un mundo de dinosaurios, pues ellos nos hacían creer en la magia. Sólo podremos volver a casa si juntos volvemos a creer. Cada par de paralelos tiene la posibilidad de venir aquí una vez en su

vida y tiene asignada una prueba. He estado investigando y aquí puedes fabricar lo que quieras sólo con la imaginación. Por cierto, nuestra prueba consiste en conseguir el último huevo de dinosaurio y nos debemos ayudar de la imaginación. Si lo hacemos, podremos regresar. Pero en caso de que tardemos más de dos semanas no podremos volver nunca.

—Pero, ¿cómo has conseguido averiguarlo?

Nnad apretó los puños y, aunque Dann no pudo verlo por la oscuridad de la cueva, cerró los ojos y, de la nada apareció una gran antorcha en su mano izquierda. Dann se quedó de piedra observando cómo ardía.

Nnad levantó la mano izquierda para iluminar la pared de la cueva y, ante sus ojos, aparecieron unas pinturas rupestres y, debajo, estas palabras escritas en rojo y con letras torcidas: «vuestro destino es recuperar el último huevo de dinosaurio. Para regresar, hay un duro duelo; para volver a creer, a ser puro».

—¿Qué significa?

—Significa que hay muchos peligros hasta encontrar el huevo.

Entonces, Dann recordó por qué conocía aquel sitio.

—*Sueños de dinosaurio...* —susurró para sí.

—¿Qué dices?

—Cuando he llegado, este sitio me resultaba familiar y acabo de recordar por qué. ¿Recuerdas la película tan aburrida del cine, la de los dinosaurios?, la película transcurría aquí.

—No era nada aburrida y ¿estás seguro?

—Completamente, mira, ven...

Salieron fuera, al claro del bosque. Dann señaló los arbustos, la gran piedra, el volcán a lo lejos...

Dann oyó un ruido en el matorral, se giró, y una simpática

cara verde se escondió detrás de un árbol.

—Yo sé quién eres —dijo—. No tengas miedo, Amazone.

—¿Decías algo? —preguntó Nnad, girándose para mirar a Dann.

—Se lo decía a él.

—¿A quién?

—Al que nos va a ayudar a encontrar el huevo, al que conoce este mundo mejor que nosotros, a él —afirmó, señalando la cabeza verde y asombrada de Amazone.

Nnad se acercó al pequeño dinosaurio, que se alejó asustado del muchacho. El chico acercó una mano lentamente hasta que tocó suavemente la cabeza de Amazone, que se encogió con miedo.

—Tienes que ayudarnos, Amazone —dijo Nnad con tono suplicante—. Tú conoces bien este lugar. Tenemos que encontrar el último huevo de dinosaurio. Por favor...

—No queremos hacerte daño —intervino Dann—. Lamento haber dicho que tu película era aburrida.

Amazone sonrió y asintió con la cabeza.

—Sé quién puso el huevo —dijo, dando a entender que pensaba ayudarles— fue mi madre, antes de morir.

—¿En serio? —se sorprendió Dann—. Entonces, debes de saber dónde está, ¿no?

—En realidad, no. Los dinosaurios escondemos las cosas cuando son especiales. Creo que mi madre sabía que ese huevo era especial, y lo escondió para que los cazadores de huevos no lo encontrarán.

—¿Quiénes son los cazadores de huevos? —preguntó Nnad, intrigado.

—Son dinosaurios que se dedican a robar los huevos para que no haya más dinosaurios jóvenes, con más fuerza que ellos, que

puedan desterrar a su especie del trono. Somos ya muy pocos los dinosaurios pequeños y, si nos encuentran, nos matarán. Por eso me escondo. Ahora, ya no tengo a mi madre para que me proteja —explicó triste Amazone—. Además, aquel huevo tenía algo extraño, era de un azul muy intenso y tenía un resplandor que llamaría la atención de los cazadores. Aunque tampoco os puedo asegurar que lo escondiera y, si no lo hizo, ese huevo está en peligro. Si lo encuentran antes que nosotros, no habrá más dinosaurios jóvenes, vosotros no podréis volver a casa y yo viviré siempre con miedo, escondiéndome y huyendo.

—Démonos prisa, hay que encontrar el huevo —les animó Dann.

—Sí, y tú nos guías —dijo con mucho entusiasmo su paralelo, señalando a su nuevo amigo de color verde.

Después de andar y andar durante un largo rato, ya nadie parecía optimista.

—Parece que no avanzamos. Es todo igual.

—Estoy agotado.

—Vamos, ánimo —trataba de convencerlos Amazone.

Al fin, encontraron una gran cueva, ante la cual Amazone se detuvo y agachó la cabeza.

—Es una cueva sagrada para nosotros. No podemos entrar ahí.

—Pero, a lo mejor, tu madre lo escondió ahí. Así nadie entraría ni lo encontraría.

—No lo creo, fue mi madre la que me dijo que jamás entrase ahí. Ella no infringiría eso aunque estuviese en peligro su huevo.

Los paralelos parecieron entenderlo y, cuando Dann se disponía a preguntar, algo se movió en unos arbustos cercanos. Los

tres se miraron alarmados y Nnad se agachó y se puso tras un árbol. Los otros le siguieron sigilosamente. Junto a ellos pasaron, al instante, unos altísimos cazadores, derribando lo que encontraban a su paso y, para desgracia de Dann, Nnad y, en parte, de Amazone, los cazadores llevaban entre sus garras un huevo azul resplandeciente. Al parecer, lo habían encontrado antes, cosa que daban a entender sus altísimos gritos de triunfo. Al ver esto, a Dann se le cayó el alma a los pies, estaban atrapados. Sólo había dos opciones y ninguna era de su gusto: podían quedarse a vivir allí, con Amazone, temiendo por sus vidas cada minuto de cada hora y someter a todos los dinosaurios a vivir así, o podían entrar en el territorio de los cazadores y robar el huevo. Las dos opciones eran horribles, pero, al fin y al cabo, en un momento u otro, debían elegir una.

Cuando los cazadores hubieron pasado, Dann les contó a los otros sus opciones, preguntando al terminar si a alguien se le ocurría otra solución. Nadie contestó. Aquel fue el silencio más horrible de toda su vida, incluso peor que el silencio que había cuando sus padres discutían, entraba él en la habitación y todo se quedaba en silencio. Durante aquel larguísimo silencio, Dann se dio cuenta de que toda la esperanza que le quedaba se desmoronaba con cada segundo que pasaba. No podría vivir así, en aquel mundo sin ningún humano excepto él y su paralelo, en un ambiente prehistórico. Pero, por otro lado, entrar en la guarida de los cazadores acompañado de su paralelo de ocho años y, un dinosaurio joven, les llevaría directamente a la muerte.

Al fin, rompió el silencio en el que habían caído todos y tomó una decisión.

—Creo que deberíamos entrar en la guarida. ¿Cuál es, Amazone? —preguntó indeciso.

—Aquella —todos se giraron—. La negra y grande.

—Me lo temía, la más horrible y oscura —comentó preocupado Nnad.

—Pero no hay otra opción.

—En realidad, sí que la hay, podríamos...

—No me voy a quedar a vivir aquí, lo tengo clarísimo, tenemos que hacer esto juntos, Nnad, ¿qué dices? —le apremió.

—De acuerdo.

Una vez estuvieron delante de la guarida, descubrieron su primer impedimento: tres guardias vigilaban la entrada. Sería difícil entrar. Pero Amazone tuvo una idea, se la contó a los paralelos y, aunque los dos intentaron detenerle, Amazone les susurró:

—No os preocupéis por mí, estaré bien. Nos vemos en la cueva del claro del bosque.

Y dicho esto, se escabulló, se acercó a uno de los guardias y salió corriendo. Los guardias abandonaron sus puestos al ver un dinosaurio joven e indefenso al que podrían exterminar. Así se inició una persecución encabezada por Amazone seguido de tres cazadores.

—Espero que esté bien —susurró Dann.

—Yo también.

Pero la situación también había empeorado para ellos, aunque no tanto como para Amazone, perseguido por los cazadores. Porque ahora estaban los dos solos, y ellos no tenían ni idea de cómo se volvía al claro del bosque. Ahora eran sólo dos niños de ocho años perdidos y sobre todo muy, muy asustados.

Esperaron a que los cazadores se fuesen para aproximarse a la guarida donde se encontraba el huevo. Entraron por el oscuro agujero que daba lugar a un mar de sombras. En el interior no había ni un ápice de luz para poder guiarse en aquel frío lugar. A los lados, había agujeros del tamaño de una casa que dejaban paso a una habitación enorme con el techo tan alto como una catedral. Algunos de estos agujeros estaban tapados por rocas

inmensas que sólo podrían mover si fuesen enormes, como los cazadores de huevos. Dann recordó que podía crear cualquier cosa con la imaginación, así que apretó los puños y cerró los ojos. De repente, en su mano apareció una antorcha como la que había creado Nnad.

—¡Lo has conseguido! Estás recuperando la imaginación. Si seguimos así, dentro de poco estaremos de vuelta en casa —dijo Nnad.

De repente, enmudeció, al recordar que cuando todo terminase no se volverían a ver nunca más.

Siguieron caminando en silencio por la larga cueva, observando a cada paso que daban nuevas puertas de piedra que quedaban en penumbra cuando pasaban de largo.

Al cabo de un rato, de debajo de una de las enormes piedras que cubría una puerta, salió un resplandor azul intenso que iluminaba aquel tramo de la cueva. Se agacharon y, los dos, miraron por un hueco debajo de la piedra. Vieron una sala enorme y, en el centro, un tronco y, encima, el huevo de dinosaurio. Ya sabían dónde estaba el huevo, pero el problema ahora era cómo entrar a cogerlo, con esa enorme piedra que sólo podrían levantar los mismísimos cazadores, o quizá, con suerte, uno del mismo tamaño que ellos. Y eso era imposible, porque ningún cazador querría ayudarles. Solo podría ayudarles un milagro y todo el mundo sabe que los milagros son cosa de magia.

—¡Eso es! Sólo necesitamos la magia y, para tenerla, solo hay que creer en ella.

Los dos estaban pensando lo mismo, cerraron los ojos y apretaron los puños. Al instante, la piedra se convirtió en una piedra de arena que, en cuanto Dann la tocó, se desmoronó, quedando toda la arena esparcida por el suelo rocoso y desigual de la guarida de los cazadores. Entonces vieron el huevo. Dann lo cogió.

—Está caliente y late —dijo emocionado.

—Vale, tranquilo. Que te lo vas a cargar.

—Tócalo tú también, Nnad —le animó Dann.

Nnad dirigió su mano hacia el huevo y, cuando la mano de éste rozó el huevo, todo empezó a girar. El suelo se movía, lo único que estaba quieto era el huevo. Los paralelos se agarraron fuertemente al huevo con las dos manos. El huevo estaba empezando a vibrar. De repente, el huevo estalló y Nnad y Dann salieron despedidos hacia atrás. Se dieron la mano y entonces el tiempo empezó a ir más deprisa. Vieron cómo el hermano de Amazone se convertía en un precioso dinosaurio azul adulto y cómo Amazone le enseñaba a luchar. Llegó el momento en el que se enfrentó a los cazadores y, para alegría de los paralelos, los dos hermanos ganaron. Entonces el tiempo se detuvo del todo. Y ante ellos se alzaba Amazone, más alto que nunca, y junto a él, el dinosaurio azul. Amazone parecía contento de verles.

—Ganamos —dijo emocionado.

—Lo sé, lo vimos —contestó Nnad.

—¿Pero, cómo conseguiste el huevo, si lo teníamos nosotros? —preguntó Dann, intrigado.

—Verás, cuando me escondí en la cueva pensé que no sabría regresar, y cuando, al cabo de un rato, los cazadores que me perseguían se fueron, decidí ir a buscarlos. Cuando llegué, burlé a los guardias de la entrada, y cuando llegué a donde estábais, os vi desaparecer, cogí el huevo y huí a la cueva otra vez. Lo recuerdo como si fuera ayer. Por cierto, este es mi hermano, se llama Azú.

—Encantado de conocer a mis salvadores —dijo muy amablemente Azú.

—¿Cómo habéis vuelto? —preguntó Amazone.

—No lo sé, en realidad nunca nos fuimos —contestó Nnad.

—Creo que nos tenemos que ir —comentó apenado su paralelo.

—Tomad. Así os acordaréis de nosotros.

Azú agachó la cabeza para que un precioso colgante azul incandescente le resbalase sobre el largo cuello. Dann lo recogió y se lo colgó del cuello.

—Nunca os olvidaremos —dijo éste con un tono triste en la voz—. Y prometo creer en la magia para siempre.

Acercó su mano a la cabeza de Amazone y le acarició con una sonrisa, miró a su paralelo y ambos desaparecieron con un destello, dejando a Amazone y Azú allí solos mirando el vacío, el hueco en el que hasta un momento antes habían estado sus amigos.

Dann se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos, ya no estaba en el sofá, sino en su acogedora cama con su edredón. Se preguntó si todo habría sido un sueño. Pero salió de dudas al tumbarse boca abajo y clavarse algo en el pecho. Se miró el pecho y ahí, colgado de su cuello, estaba un precioso medallón azul incandescente.